

CAPÍTULO IV

De la muerte del emperador D. Alonso.—D. Sancho y D. Fernando.—Orden de Calatrava.—
Muerte de D. Sancho.

Con las vistas destes príncipes parecía ser acabadas las guerras civiles entre cristianos; pero el haberse apartado y desmembrado el reino de Navarra del de Aragon, como se hizo los años pasados, tenía puesto en mayor cuidado á D. Ramon, príncipe de Aragon, que fácilmente lo pudiese olvidar. Solicitó al emperador para que, renovado el asiento y liga hecha en Tudelin, juntas las fuerzas acometan á don Sancho, rey de Navarra, enemigo comun. Como prendas deste concierto, y para mayor seguridad, se concertó casamiento entre doña Sancha, hija del emperador, habida en Rica su mujer, y el hijo de D. Ramon; acordóse esto por entónces sin pasar adelante á causa de la poca edad de los dos. En esta confederacion comprendieron á los hijos del emperador D. Sancho y D. Fernando; verdad es que D. Alonso el emperador deseaba más ser medianero en la paz que movedor de la guerra, y áun estaba más inclinado al rey de Navarra, de do se mostraba igual esperanza y partido, esto es, de casar con él otra hija llamada doña Beatriz, habida en su mujer doña Berengaria ó Berenguela, lo cual se efectuó adelante, y entónces se movió este tratado, que nojera de menospreciar: por esto con diferentes excusas se entretenía de dia en dia, y alegaba ya una ya

otra causa de la tardanza para no juntar, como lo tenían concertado, sus armas con los aragoneses: decia que se debía primero de acudir á la guerra sagrada y atajar las pretensiones de los moros, ántes que el imperio de los Almohades con el tiempo se arraigase más en España, en especial que por muerte de Abdelmon, su hijo y sucesor Jacob, que otros llaman Juzeph, hombre muy soberbio y de grande experiencia en las cosas de la guerra, asentadas las cosas de África, con sesenta mil de á caballo y mucho mayor número de infantes, era pasado con grande espanto de los fieles en España, llamado de los moros que en ella estaban para ayudar á su gente y vengalla.

Aquejábale este cuidado y riesgo; rogó grandemente á D. Ramon, príncipe de Aragon, que juntado un grueso ejército se aparejaba para entrar por tierras de Navarra, que no comenzase la guerra ántes de la fiesta de San Martin. Hízose así, que se dilató aquella empresa, solamente por entónces se confirmó con nuevos homenajes en Toledo la confederacion pasada por el mes de Febrero del año 1157. Llevó esta tardanza D. Ramon con ánimo más igual, á causa que en el mismo tiempo los movimientos de Francia le forzaron á ir de nuevo á Narbona con esta ocasion; Hermen-

garda, vizcondesa de aquella ciudad, trabajada por las armas de los comarcanos, fué forzada á entregarse á sí y á su señorío en la fe y amparo de D. Ramon su tio. El que dió este consejo, Berengario, arzobispo de Narbona, dejada la Francia, la acompañó hasta Perpiñan, donde todas estas prácticas se trataron y concluyeron. El emperador D. Alonso, determinado de hacer guerra á los moros, convocó á sus dos hijos, á los prelados y señores de todo su estado, y formado un grueso campo, rompió por el Andalucía, taló los campos y quemó los lugares, robólos y saqueólos por todas partes. Era miserable aquella parte de España en este tiempo por ser trabajada y afligida de la una gente y de la otra, moros y cristianos. Ganóse la ciudad de Baeza que habia vuslto á poder de moros, Andújar y Quesada; y porque los calores del estío eran grandes y los lugares mal sanos, determinado el emperador de volver á Castilla, dejó en el gobierno de aquellas ciudades al rey D. Sancho su hijo, porque si quedaban sin tal amparo, no volviesen á poder de moros como otras muchas veces; la mayor parte del ejército quedó con D. Sancho. Él con D. Fernando su hijo y con los demás volvieron atras.

En este camino, en el mismo bosque de Cazlona y Sierra Morena, el emperador cayó enfermo, y como no pudiese sufrir ni disimular más tiempo la fuerza de la dolencia por tener el cuerpo quebrantado con tantos trabajos, más que por su edad, cerca del lugar de Fresneda mandó debajo de una encina le armasen una tienda; haciale compañía D. Juan, arzobispo de Toledo, que le confesó y comulgó; dió la postrera boqueada á veintiuno del mes de Agosto; vivió cincuenta y un años, cinco meses, veintun dias; dignísimo príncipe de más larga vida: no hobo persona más santa que él siendo mozo, ni vió España cosa más justa, fuerte y modesta siendo varon: reinó treinta y cinco años poco más ó ménos; tuvo título y majestad de emperador veintidos años y seis meses; fué príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fué muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpetuamente de ayudar á la religion cristiana.

TOMO IV

Tuvo tres mujeres, doña Berenguela, doña Beatriz y doña Rica: en doña Beatriz no parece tuvo hijos; de doña Rica hobo á doña Sancha, doña Berenguela parió á D. Sancho y D. Fernando que sucedieron á su padre, y á doña Isabel y doña Beatriz: demás destes á D. Alonso y D. Fernando, como parece por un privilegio de la iglesia Mayor de Toledo; este D. Fernando murió niño, y su padre le hizo sepultar en el monasterio de San Clemente que hay de monjas en aquella ciudad, que él edificó; el letrado de la sepultura decia:

AQUÍ ESTÁ EL MUY ILUSTRE DON FERNANDO HIJO DEL EMPERADOR DON ALONSO QUE HIZO ESTE MONASTERIO: PÚSOLE AQUÍ POR HONRALLE.

D. Sancho y D. Fernando, hijos del difunto emperador, mozos el uno y el otro muy escogidos y aventajados, como su padre lo dejó señalado y dispuesto, así dividieron sus estados. El reino de Leon y los gallegos quedaron por D. Fernando: D. Sancho, que era el hermano mayor, poseyó á Castilla y á las demas provincias que andaban con ella: ambos fueron buenos príncipes en tiempo de paz y diestros en la guerra, de tal manera que parece querian imitar á porfia las virtudes de su padre. D. Sancho era más amado del pueblo por ser de condicion blanda y benigna: por esto y porque murió ántes de tiempo le llamaron D. Sancho el Deseado: D. Fernando daba orejas á los mal-sines, que tienen por costumbre torcer las palabras y los servicios de otros, con que se enajenó las voluntades de los grandes. Era ótrosí sospechoso naturalmente, enfermedad que si no se reprime con la razon acarrea mal y daño. Por esta causa, como no se fiasse de su hermano, ántes que hiciesen las honras á su padre, y ántes que le sepultasen, acudió á Leon para tomar la posesion de aquel reino.

Al contrario, D. Sancho, sabida la muerte de su padre, á grandes jornadas llegó á Fresneda, donde acompañado de los prelados y grandes llevó el cuerpo de su padre difunto á Toledo, do le sepultaron con aparato real, y muy célebre por las lágrimas de todo el pue-

207



blo, en la iglesia Mayor de aquella ciudad. A esta sazón D. Sancho, rey de Navarra, á quien con la edad, por la grandeza de las cosas que hizo y por la erudición de su ingenio dieron sobrenombre de Sabio, por parecerle tenía buena ocasión de vengar las injurias pasadas, juntado el ejército de los suyos, que tenía apercebido para defenderse, pasó hasta Búrgos haciendo mal y daño. Parecía haber con esto hecho lo que bastaba para sustentar el crédito y opinión, pues acometía á sus contrarios el que apenas se entendía sería bastante para defenderse de los intentos de tan grandes reyes que le pretendían derribar. Para muestra de lo cual traía este rey por blason en campo rojo una banda dorada con dos leones, que por una parte y otra la despedazaban á porfía. Hecha, pues, esta entrada, con la misma presteza dió la vuelta para su tierra. Los moros de Andalucía, por quedar las plazas que en la guerra pasada les habían sido tomadas desamparadas de la ayuda de D. Sancho, sin dilación las tornaron á recobrar.

Era necesario acudir á entrambas partes: pareció reprimir primero el atrevimiento del rey de Navarra, porque disimulando la injuria, no se disminuyese la autoridad y majestad del nuevo rey, dado que de su condición se inclinaba más á la paz que á la guerra. Hacia sus apercebimientos de armas, dinero y soldados. Sucedió muy á propósito que Ponce, conde de la Minerva, el más principal de los señores leoneses, y que fué paje de armas del emperador D. Alonso, agraviado por el rey D. Fernando, que le despojó de su estado, dejado Leon, se pasó á Castilla. Era grande el crédito de su esfuerzo, y muy aventajado el ejercicio que en las armas tenía. Por esto, y porque don Sancho estaba ocupado en dar asiento en las cosas del reino, recibido que hobo benignamente al conde, y dándole esperanza de alcanzarle perdón de su señor, le hizo general, y le dió cuidado de la guerra de Navarra. Aceptó el cargo, y con un grueso ejército que llevaba, por tierra de Bribiesca llegó á la Rioja en busca del enemigo. Hay una llanura no lejos del lugar de Bañares, llamada Valpiedra, en que se dió la batalla. Los navarros ordenaron

las huestes desta manera: D. Lope de Haro iba en la vanguardia, D. Ladron de Guevara en la retaguardia, el mismo rey D. Sancho en el cuerpo de la batalla.

Las gentes de Castilla, como en número, así en valor sobrepujaban: ordenaron también ellos sus haces, y presentaron la batalla al enemigo; cerraron los escuadrones con igual denuedo. Los castellanos al principio fueron echados de su lugar: después, mudándose la fortuna de la pelea, quedaron con la victoria. Los navarros volvieron las espaldas desapoderadamente: la matanza fué menor que conforme á la victoria: muchos se acogieron y salvaron en los pueblos y castillos comarcanos, que eran suyos; hizoles daño no esperar los socorros que de franceses les venían. Sin embargo, luego que llegaron, cobrado el rey ánimo de nuevo, no temió ponerse al trance de la batalla. En el mismo lugar y en el mismo llano tornaron á pelear. La batalla fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, los otros por vencer. Finalmente, los navarros, atemorizados con la matanza pasada y daño recibido, quedaron vencidos, y el campo por los contrarios. Muchos de los más nobles quedaron presos, que trató D. Ponce benignamente. Decía no era venido á hacer guerra con los prisioneros y con su miseria, sino á vengar solamente la temeridad del rey.

Soltólos demás desto y dejólos ir libres, humanidad que fué desde entonces muy alabada, en especial que no sólo dió libertad á los navarros, sino también á los franceses. Ganada esta victoria, volvió á Búrgos: el rey, después de alabar el esfuerzo de los soldados y hacerles mercedes según los méritos de cada cual, más que á todos honró con todo género de cortesía al general Ponce. El agrado llegó á tanto, que con deseo de restituírle en su patria y en su estado, como lo tenía prometido, revolvió contra las tierras de Leon y llegó con su ejército y con sus gentes hasta Sahagun, determinado hacer la guerra á D. Fernando, su hermano, si no venía en lo que parecía justo y él quería. El rey D. Fernando, visto el peligro que corría, vino desarmado á verse con su hermano el rey D. Sancho; con estas vistas se aca-



baron los desabrimientos, mayormente que don Fernando, no sólo prometía de restituír al conde D. Ponce su estado y perdonalle, sino de hacelle mucho mayores honras y mercedes. Ofrecía otrosí, para mayor muestra de humildad, de hacer pleito homenaje á su hermano, y ponerse en su poder y en sus manos, cortesía que D. Sancho, trocado el enojo en humanidad, como acontece sosegada la contienda, dijo que no sufriría que el hijo del emperador fuese sujeto ni reconociese homenaje á imperio de ningún príncipe ni monarca.

El lugar de Calatrava está puesto en los Oretanos, cerca de Almagro, en un sitio fuerte y á la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros, le entregaron para fortificarle y guardarle á los Templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenía grande crédito; pretendían que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos, por aviso que tuvieron que los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querían poner cerco, perdida la esperanza de podelle defender, le volvieron al rey. No se hallaba entre los grandes alguno que de su voluntad ó convidado por el rey se ofreciese y atreviese á ponerse al peligro de la defensa; solos dos monjes del Cister, que venidos por otras causas á la corte se hallaban á la sazón en Toledo, se atrevieron á esta empresa; éstos eran Fr. Raimundo, abad de Fitero, junto al río Pisuergra (yerran los que atribuyen esta loa á otro monasterio de Fitero que está en Navarra, cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en este tiempo), y el compañero que traía, llamado Fr. Diego Velazquez; éste habia sido soldado viejo del emperador D. Alonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera: después, cansado y por menosprecio de las cosas humanas, se metió monje, y al presente, como era de gran corazón, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza, consejo al parecer temerario; pero, en efecto, inspirado de Dios, como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razón ni prudencia era bastante.

Fué esta oferta muy agradable, primero al

rey, después á D. Juan, arzobispo de Toledo, que estaban ántes tristes y faltos de consejo en aquel aprieto tan grande. El dicho arzobispo, demás desto, porque Calatrava era de su diócesis, ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió, así á los nobles como á los del pueblo, que debajo de la conducta del abad se ofreciesen al peligro y á la defensa, porque no pareciese que desamparaban en aquel trance y faltaban al deber y á las cosas de los cristianos; cuanto menos perdonasen á sí y á sus haciendas, tanto estarían y serían más seguros, perdido aquel pueblo, que era como baluarte; la llama y el fuego pasaría á las haciendas particulares y tierras de cada cual. Sucedieron estas cosas al principio del año mil ciento cincuenta y ocho. El rey hizo donación del señorío de Calatrava y de su tierra á Santa María de la orden del Cister, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros, para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio, que las más veces es mayor que la verdad. Así como se divulgase el ruido deste apercebimiento que se hacía para defender aquel pueblo, los moros, perdida la esperanza de ganalle ó embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Calatrava.

Este fué el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y orden, porque muchos soldados siguieron al abad y tomaron el hábito que él les dió, señalado y á propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto á Toledo, hinchó al rey y á los ciudadanos y corte de alegría por lo que acometiera y hiciera: juntamente de su monasterio do era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, á quien repartió los campos y pueblos cercanos á Calatrava, para que en ellos poblasen y viviesen por estar yermos de moradores: con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo falleció algunos años después en Ciruelos, aldea en que también estuvo sepultado. La gente de aquel lugar, por la diligencia que usó en defender á Calatrava, le hace tanta honra que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los



santos. Dende fué trasladado el año mil cuatrocientos sesenta y uno á Nuestra Señora de Monte Sion, monasterio de Bernardos junto á Toledo, por bula de Paulo II. expedida á instancia del doctor Luis Nuñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velazquez, despues que vivió muchos años adelante, falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro, en que está enterrado.

Destos principios, la sagrada milicia y orden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero llamado D. Garcia el primer maestre de aquella orden, que fué el año mil ciento sesenta y cuatro: á don Garcia sucedió Fernando Escaza, á éste don Martin Perez, á D. Martin Nuño Perez de Quiñones; á éstos otros. El convento que la primera vez fué puesto en Calatrava, despues le pasaron á Ciruelos, y más adelante á Buxeda, y de allí á Córcoles y á Salvatierra, últimamente á Cobos en tiempo de Nuño Fernandez, el maestre duodécimo de aquella orden. Hay otros menores conventos de aquella orden fundados en otros lugares, pero éste es el principal. Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios, y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente á los soldados viejos de aquella orden, para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiesen dejar en su testamento á los herederos: al presente con la paz mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes á los deleites, estado y regalo de los cortesanos: así ordinariamente las cosas de la tierra, de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse.

A este tiempo D. Ramon, principe de Aragon, por entender que con la muerte del emperador espiró la confederacion pasada, en cuya virtud tenía como en feudo la parte de Aragon que cae desta parte del rio Ebro, acordó de verse con el rey D. Sancho. Señalaron para estas vistas un pueblo llamado Naxama: allí, en presencia de los grandes y de D. Juan, primado de Toledo, se trató desta diferencia. El ara-

gonos pretendia que Zaragoza, Calatayud y otros pueblos y ciudades quedaban libres de toda jurisdiccion de Castilla; mas como quier que no pudiese alcanzar esto, por conclusion se concertaron que el de Castilla no poseyese en aquella comarca algunos castillos ó lugares, y sin embargo, los reyes de Aragon les hiciesen homenajes por aquellas ciudades, y fuesen obligados cuando los llamasen de venir á las córtes del reino de Castilla: demas desto, la liga que tantas veces se hiciera contra el rey de Navarra se renovó y confirmó, sin que fuese de mayor efecto que ántes, dado que la fresca memoria de la guerra pasada estimulaba á D. Sancho, á D. Ramon el dolor de habelle quitado á sinrazon aquel reino.

Acabadas estas vistas, que fueron por el mes de Febrero, los aragoneses movieron guerra contra el rey de Navarra. Las armas de Castilla no pudieron acudir, como quedó concertado, á causa de las muertes que sucedieron casi á un mismo tiempo del rey y de la reina. La reina falleció á veinticuatro de Junio del año mil ciento cincuenta y ocho de Cristo. Fué sepultada en Nájara, en el monasterio real de Santa María, en que estaban los sepulcros de los reyes de Navarra; y ella poco ántes le habia hecho donacion de un pueblo llamado Nestar, por la cual causa todos los años le hacen allí un aniversario el dia de su muerte. El rey, aquejado del dolor que recibió muy grande por la muerte de su mujer, ó de otra dolencia que le sobrevino, falleció en Toledo, postero de Agosto, luégo siguiente en sazón que se apercebía para la guerra sagrada, que juntados socorros y gentes de todas partes, con todo su poder pensaba hacer contra los moros. Sepultáronle junto al sepulcro de su padre, en la iglesia Mayor de la misma ciudad, á la cual iglesia dejó á Illescas y Hazaña. Reinó un año y once dias: fué esclarecido en la guerra y en la paz, y que se igualára con la gloria de sus antepasados, si tuviera más larga vida.

Dejó sin duda increíble deseo de sí, que parece encendieron más las desventuras y alteraciones del reino que por su muerte resultaron y se siguieron; con todo esto las gentes que tenía apercebidas, con la divisa que cada



uno llevaba de la cruz, y por tanto espantosas á los enemigos de la religion cristiana, aunque el rey era fallecido, luégo que entraron por el Andalucía vencieron en una grande batalla á Jacob Miramamolín, que iba la vuelta de Sevilla. Fué grande el destrozo de la morisma: el moro, pasado este peligro, rehaciéndose de fuerzas, acometió á otros reyes moros que no le querian obedecer, y dando la vuelta, hizo guerra al rey de Valencia y de Murcia: mas no pudo salir con su intento, porque le defendió D. Ramon, principe de Aragon y Barcelona, á cuya devocion estaba. Desde allí, vueltas sus fuerzas contra Alhagio, rey de Mérida, le puso en término que se le rindió, aparejado á hacer lo que se le mandase, y ayudar y servirle en todas las cosas. Pusieron sus asientos, con que dos hijos de Alhagio, rey de Mérida, llamados Fadala y Omar, ayudados de la gente de Jacob, en una entrada que hicieron por tierra de cristianos se metieron por las comarcas de Plasencia y Ávila; y dada la vuelta hácia tierra de Talavera, como por todas partes hobiesen puesto espanto, cargados de despojos se volvian á Mérida. En esto las gentes de Ávila y sus capitanes Sancho y Gomez, hijos de D. Jimeno, que eran de la más principal nobleza de Ávila, los alcanzaron, y en una batalla que les dieron en un lugar que se llama Sietevados, los vencieron y desbarataron; quitáronles otrosí toda la presa y cautivos que llevaban.

Diestros y grandes capitanes en este tiempo fueron los ya dichos Sancho y Gomez, pues cuatro años adelante con una entrada que hicieron por aquella parte de Extremadura en que están los campos de la Serena, tierra de abundosos pastos, robaron muchos ganados y vencieron en un encuentro los moros que salieron contra ellos, con que trujeron á sus casas muy grandes despojos.

Del linaje destos capitanes vienen los señores de Villatoro y los marqueses de Velada, caballeros en riquezas, aliados y deudos, demas desto en la privanza de los principes, esclarecidos y señalados, en especial en nuestra era y la de nuestros padres. El rey D. Sancho, cuando estaba á la muerte, encomendó su hijo

D. Alonso, que era de cuatro años, á D. Gutierre Fernandez de Castro, que otro tiempo fué su ayo: los demas señores mandó que tuviesen en su poder las ciudades y castillos que á su cargo estaban, hasta tanto que el rey fuese de quince años cumplidos: acuerdo y consejo en lo uno y en lo otro poco acertado; pero la prudencia humana es corta para prevenir los inconvenientes todos, y muchas veces lo que parecia estar saludablemente determinado, reveses que suceden lo desbaratan. Dióse sin duda con esto ocasion y fuerzas para revolver el hato á los que mal pensaban. Los demas señores, no ménos nobles que D. Gutierre, llevaron mal que el peso del gobierno fuese puesto en los hombros de uno solo, y que en su poder quedase el rey en aquella edad flaca y deleznable.

Entre los grandes y ricos hombres de Castilla, por este tiempo dos casas se aventajaban á las otras, las más principales en estados, riquezas y aliados: los Castros y los de Lara. Estos tuvieron por largo tiempo la primera voz y voto en las córtes del reino. Entre los Castros D. Gutierre, á quien se encomendó la crianza del rey, alcanzaba grande autoridad, que le daba su larga edad y la grandeza de las cosas que por él pasaron. Carecía de hijos y sucesion: su hermano menor, por nombre don Rodrigo, tenía cuatro, que eran D. Fernando, D. Alvaro, D. Pedro y D. Gutierre, y una hija, por nombre doña Sancha, que casó con D. Alvaro de Guzman, por donde era de poco ménos autoridad y poder que su hermano. Los de Lara eran tres hermanos, D. Enrique, D. Alvaro y D. Nuño: á las riberas del rio Duero tenían grandes heredamientos y lugares. Fué padre de todos éstos el conde Pedro de Lara, de quien arriba se ha hecho mencion, y dijimos fué muerto en el cerco de Bayona: madre de los mismos era una señora llamada doña Aba, que estuvo casada la primera vez con D. Garcia, conde de Cabra; y por haber nacido deste matrimonio D. Garcia Acia, heredero de aquel estado, era ocasion que el poder de los tres hermanos se aumentase mucho más.

Estos mostraron llevar mal, que siéndoles antepuesto, por juicio del rey D. Sancho, don Gutierre de Castro, se hobiese escurecido el